

á lo más delicado del alma cristiana que es la fe, exponiendo á los lectores imprudentes al grave peligro de perderla. Oíd á un sabio obispo escribiendo sobre esta materia: «Tales lecturas no dejan otra cosa que un cúmulo de dudas y errores que debilitan la fuerza moral religiosa. . . . El error tiene un peso enorme que destruye y aniquila la razón. ¡Desgraciado el que voluntariamente se somete á su imperio! El lector inconsciente y temerario de semejantes escritos no es, como presume serlo, un espíritu independiente en sus juicios, es un esclavo encadenado al juicio caprichoso del escritor. No tiene el criterio suficientemente ilustrado para juzgar al autor y aceptarlo ó condenarlo. Léese por lo general sin detenimiento siquiera, nada se examina, ni se quiere buscar la fuente y origen de cosa alguna. En resumen, tales lectores no son más que páginas ambulantes de ínfimos y miserables escritores, cuyas ideas reflejan á medias.» ¿Pueden tales lecturas contribuir de modo alguno á perfeccionar la educación? ¿no son más bien elementos destructores? ¿qué luz, qué vigor pueden dar al espíritu, qué libertad al corazón?

II. Resumamos, carísimos hermanos, las ideas expuestas. La libertad, don precioso del Criador y sello de la dignidad del hombre, debe entrar como factor importante en la obra de la educación. La autoridad no está en pugna con la libertad ni la destruye. Al contrario, enseña al niño á valerse de ella para labrar su perfección moral, que consiste en dirigirse libremente al bien y, con esta condición, llegar á poseerlo. Es preciso, sin embargo, coartar prudentemente la libertad física del niño para poner á salvo su libertad moral, amenazada por la inexperiencia de la vida. La vigilancia paterna es luz que dirige los primeros pasos del hombre, apartándolo del precipicio, y freno saludable que contiene el ímpetu de su actividad, no moderada todavía por la razón, para que no se lance por sendas extraviadas. He ahí todo.

## SÉPTIMA CONFERENCIA.

## El sujeto de la educación.

I. Después de bien considerado, hermanos carísimos, el poderoso y casi decisivo influjo que en la educación ejercen los grandes resortes de que Dios ha dotado á la paternidad, al sacerdocio doméstico, la autoridad templada por la prudencia y el amor, ¿qué falta sino contemplar con delicia el cuadro risueño de una familia venturosa donde el fruto de la paciente y sabia labor, ya sazonado y maduro en las virtudes de la prole, forma el encanto y la felicidad de los dueños del hogar? ¡Qué espectáculo efectivamente más encantador que el de una familia cristiana bien organizada! No forman propiamente la belleza de ese cuadro la riqueza acumulada por el trabajo y las comodidades que la acompañan, todo lo cual podría á lo más servirle de lujoso marco, ni la brillante profusión de adornos exteriores, que no igualan en valor á los primores de virtudes domésticas que adornan aquella corona de almas escogidas. La hermosura de una casa modelo, de una casa labrada por la mano de la educación, resplandece en la armonía y el concierto de todas sus partes, en el aura de felicidad indefinible que allí se respira, independiente de la abundancia de bienes materiales, en aquel como reflejo de cielo de que allí se disfruta, mejor dijéramos, en la bendición de Dios que allí se siente, como premio merecido por una conducta basada sobre el temor del Señor, según la sentencia del Profeta: *Ecce sic benedicetur homo qui timet Dominum*<sup>1</sup>. Recordad una vez más la pintura sencilla pero viva que traza la divina Escritura de la felicidad de un hogar bien concertado por la educación. En torno de la mesa paterna

<sup>1</sup> Ps. 127, 4.

levántanse los hijos como retoños de oliva que anuncian en su lozanía la bendición del Criador; la esposa, semejante á una vid cargada de racimos, regala abundantemente á su esposo y á sus hijos. Tales se nos figuran aquellas venturosas familias patriarcales, en que, á falta de otros elementos de cultura, de que goza nuestra edad, reinaban la sencillez, la alegría del corazón, la unión íntima y el temor de Dios. Tales se nos ofrecen aun hoy día aquellas no muy numerosas familias en que la consagración y el ejemplo de los padres conservan florecientes las virtudes cristianas, que les legaron, como la más rica herencia, sus antepasados. En cambio, ¡qué triste espectáculo el que ofrecen á los ojos del moralista tantas casas del día, aun de esas, dice un conocido escritor católico<sup>1</sup>, que se apellidan, no sabemos por qué, cristianas! ¿Cuántas de esas hallaréis dignas del elevado carácter de iglesias domésticas que les señala la religión, así como á los padres honra con los atributos de un cierto sacerdocio?

2. Volviendo á aquellas otras que con fruición de nuestra alma contemplábamos, justo es hacer notar que no todo el mérito pertenece allí á los padres, porque también han puesto su contingente en esa obra las buenas condiciones de los hijos, más aún, su inteligente y libre actividad. En efecto, como ya lo hemos visto en la primera conferencia, el hijo es un factor no sólo importante en esta obra, sino necesario, de tal suerte que ella no podrá llevarse á cabo sin su cooperación. El hombre no se educa si no sabe aprovechar los esfuerzos del celo paternal. Para este objeto debe poner en juego los dos sentimientos que caracterizan al buen hijo, el amor y la docilidad: debe amar y obedecer. Detengámonos hoy, carísimos hermanos, á reflexionar sobre el influjo de estas dos virtudes filiales en la educación, y de esta suerte

<sup>1</sup> *Sardá y Salvany*, Oúpsc.

completaremos nuestras ideas sobre la materia que venimos estudiando. Esa consideración deberá despertar nuestro celo para promover en los niños el cumplimiento de los deberes religiosos y morales que les impone el Decálogo.

### I.

3. Veamos cómo nace y se desarrolla el amor filial: la naturaleza lo hace brotar como por instinto, la religión lo desarrolla y perfecciona. Es un grito de la naturaleza y un grito de la fe. Hubo una filosofía bastarda, la del siglo XVIII, que pretendió aflojar también los lazos de la piedad filial, como había tratado de romper los de la religión, hallando justo que el hijo se deshiciera de los vínculos del amor y de la sumisión de su padre desde el momento en que pudiera pasarlo bien sin los cuidados paternos. ¿Qué otras doctrinas podría profesar el materialismo ateo? Negándole á Dios el amor ¿por qué se lo concedería á los padres? Felizmente para la humanidad, tan escandalosas doctrinas no pudieron aclimatarse en ningún país civilizado y cristiano. Toda alma honrada las ha rechazado cargándolas con la execración que se merecen. El benignísimo Autor de nuestra naturaleza ha dispuesto que los hijos se sintieran unidos á los autores de sus días con lazo tan estrecho y nudo tan apretado, que ninguna fuerza de sofisma pudiera romperlo, y es porque el amor es un sentimiento anterior á todo razonamiento. Este sentimiento no puede ser jamás juguete de los caprichos de una voluntad depravada. Tan profundamente lo ha grabado el Hacedor en el corazón humano que no parece posible se borre de él enteramente aun en el último grado de la depravación, ¿Qué mucho, si las mismas fieras sienten la necesidad de amar á sus padres, y los aman á la manera que pueden hacerlo? ¿Sería el hombre más fiera que las fieras? Con razón dice un moderno escritor, que sólo el trastorno y la degradación del hombre por el pecado

original, pudo hacer necesario que el Señor le impusiera el precepto de amar á su padre y á su madre<sup>1</sup>. Y yo añado que sólo ese trastorno profundo y radical obrado en la naturaleza humana por aquel desorden primitivo, puede explicar la monstruosa conducta de los hijos, aun en los pueblos infieles y entre los bárbaros, que sustituyen al amor el odio, al agradecimiento la ingratitud para los que les dieron el ser. Monstruo es el nombre que conviene al hijo que no ama á sus padres, porque monstruo se llama el ser que no se conforma con las leyes de su naturaleza.

4. Viene luego la voz de la razón á fortificar en el corazón del niño, llegado ya al uso de ella, el sentimiento del amor filial que le infundió la naturaleza. Y aquí podría y debería entrar también la acción de la educación, cuya labor abraza el desarrollo de los buenos sentimientos naturales. Fiel á este deber, el anciano Tobías, modelo de padres virtuosos como de varones sufridos, creyéndose cercano á la muerte, habla así á su hijo: «Acuérdate de cuántos y cuán graves peligros corrió por ti tu pobre madre cuando te llevaba en su seno.»<sup>2</sup> No se necesitaba más que este recuerdo para obligar á un hijo bien nacido á honrar á su madre todos los días de su vida. Pues ¿no sería necesario haber perdido toda sensibilidad, ser de bronce ó mármol, para olvidar las fatigas y penalidades y riesgos de la vida de una madre durante la gestación y en el alumbramiento, y después, todo aquel mar de ternura y de cuidados, día y noche, junto á la cuna del niño? Y ¿cómo echar en olvido tampoco la solicitud y los trabajos de un buen padre? ¿cómo pagar sus días de amargura, sus desvelos y sudores? No retornar amor proporcionado á tanto amor sería verdadera monstruosidad insultante á la naturaleza, sería una provocación á la

<sup>1</sup> Ojea y Márquez, Ley de amor, t. 1.

<sup>2</sup> Tob. 4, 4.

venganza del cielo. ¡Benditas reflexiones las que se hace un buen hijo discurriendo consigo á solas, guiado por la luz de la razón! «¿No son mis padres los autores de mi ser? ¿no es á ellos á quienes debo, después de Dios, cuanto tengo y cuanto soy? ¿No me aman ellos como ningún otro puede amarme en el mundo? ¿no piensan en mí á todas horas, á cada momento? ¿no se desviven, no enferman trabajando por mí? ¿no me procuran toda clase de bienes, sin perdonar sacrificio alguno porque yo sea feliz? ¡Ah! ¡cómo no he de querer mucho á los padres de mi alma! ¡Cómo no los he de querer más que á ninguno, fuera de mi Padre celestial! ¡Qué ingrato, qué malo sería yo si así no los amase!» Hijo que así discurre más ó menos explícitamente, que así piensa y siente, es materia apta y dispuesta para recibir la forma más perfecta que quiera imprimirle el artífice de su educación. ¡Cuánto importa fomentar estos hermosos y nobles sentimientos!

5. Á ello contribuye por modo maravilloso y eficaz sobre manera la religión que le habla por boca de sus ministros y le inculca á todas horas el solemne mandamiento del Decálogo: *Honora patrem et matrem*—«Honra á padre y madre», que así lo manda Dios — *Deus dixit*<sup>1</sup>, ratificado no menos solemnemente por el soberano Legislador, Jesucristo. Así es como la religión les enseña á honrar y venerar á aquellos á quienes el corazón le dicta amar. El amor deja de ser entonces un sentimiento puramente natural, pasando á ser una virtud de orden sobrenatural y divino. La piedad cristiana santifica y realza todo sentimiento noble y justo inspirado por la naturaleza. Así tiene que suceder siendo uno mismo el Autor de la naturaleza y de la gracia: ésta concluye y perfecciona lo que aquélla empieza. Observad, carísimos hermanos, cómo

<sup>1</sup> Matth. 15, 3. 4.

consagra la religión el amor filial, elevándolo casi á la altura del amor de Dios. En efecto, al ordenarnos Dios que le demos á Él mismo el nombre de Padre, nos da claramente á entender en qué grado de estima y afecto debemos tener á nuestros padres naturales. Identificándose en el nombre con ellos, parece hacerles partícipes de sus derechos, y quiere asemejar nuestros sentimientos hacia Él, con los que á ellos les debemos. Mándanos amarlos y honrarlos como á Él, de suerte que como Él se digna ser nuestro primer Padre, así los hace á ellos nuestra segunda divinidad. Ya hubo en lo antiguo quien apellidara á los padres *dioses terrenos*<sup>1</sup>, *dioses visibles*<sup>2</sup>, y el Catecismo romano los llama «Imágenes del Padre celestial». Y el valiente apologista Tertuliano dijo en su enérgico lenguaje: «Si hay impiedad en deshonrar á Dios, también hay una especie de sacrilegio en deshonrar al padre ó á la madre, porque ellos son las *imágenes* más propias de Dios, sus *delegados* más inmediatos, sus *lugartenientes* más queridos<sup>3</sup>. Así es sin duda, porque todos los bienes principales se los debemos, después de Dios, á nuestros padres, y, por medio de éstos, se los debemos á Dios. No puede sublimarse más el deber natural y religioso del amor filial. ¡Feliz el niño educado en la escuela de la religión! Pero no menos felices los padres partidarios de esta escuela. No lo son muchos, tal vez la mayor parte de los padres del día, llevados de no sé qué prevenciones infundadas contra lo que ellos llaman exageración de instrucción religiosa, como si en esto no anduviera siempre corta y escasa la enseñanza, temerosos de que el influjo de los sentimientos religiosos les haga menos tiernos y afectuosos á los hijos. ¡Qué ilusión! ¿Dónde se han visto hijos más buenos y amorosos para con sus padres que los hijos empapados en el espíritu de la verdadera piedad?

<sup>1</sup> Filón.<sup>2</sup> Platón.<sup>3</sup> Apud Ojea y Márquez, op. cit.

¡Cuántos ejemplos de esta verdad no podrían aducirse! Pero ¿no lo está mostrando claramente la experiencia diaria? ¿Cuál es el comportamiento ordinario de los niños educados en escuelas indiferentes ó laicas, fuera del suave ambiente de la religión? «¡Oh dolor!» exclama el escritor católico antes citado, «¿qué es lo que continuamente vemos entre nosotros? Apenas si acertamos á distinguir quiénes son los padres y quiénes los hijos. . . Ésta es la educación moderna, ésto es lo que se acostumbra y se enseña, tratar á los padres de igual á igual. Pero eso es poco: encuéntranse en nuestras sociedades hijos tan audaces, altivos y perversos que se sobreponen á los que les dieron el ser, y les mandan y los injurian y los humillan, aun delante de las gentes.» Y aun pudiera recargarse con más subidos colores este afrentoso cuadro.

6. Muy de otro modo se maneja el hijo formado en el temor de Dios. Porque siguiendo las ideas religiosas, como segura guía y faro luminoso del deber, llega el niño á comprender no sólo que debe amar, sino cuál es el carácter y la extensión del amor á sus padres. Verdad importantísima en el curso de la vida y para los altos fines de la educación. Así como el amor del hombre á Dios, antes que afectivo debe ser apreciativo, primero racional que sensible, porque tal es el carácter del verdadero amor digno del hombre y conforme á la naturaleza del objeto amado, así también el amor filial, imitación de aquél, no debe limitarse á solas demostraciones de un cariño afectuoso que tiene demasiado de sensible, y que, si puede bastar á la edad de la infancia en que duerme la razón, no es ciertamente el que conviene á los años del desarrollo racional. Amar al padre, como Dios manda, ¿será sólo abrazarse á sus rodillas, rodear su cuello, estrecharle y dejarse estrechar entre sus brazos, pagarle con besos y caricias los mimos que de él recibe? ¿será este amor de hijo que ya discurre á padre que enseña á discurrir? Bella es